

PRECIO DE SUSCRICION.

EN MADRID.

Por un mes. 6 reales.
Por tres id. 16
Por seis id. 32
Por un año. 60

La suscripcion empieza siempre en 1.º de mes.

ADMINISTRACION Y REDACCION, Huertas, 10, principal.

Para todo lo concerniente a la Administracion, dirijirse al Administrador D. Sebastian Casellas y Segura.

PRECIO DE SUSCRICION.

EN PROVINCIAS.

Por tres meses, directamente en la Administracion. 24 reales.
Por comisionado. 26
ULTRAMAR Y ESTRANJERO, un año, 6 pesos.

La suscripcion empieza siempre en 1.º de mes.

ADMINISTRACION Y REDACCION, Huertas, 10, principal.

No se sirve suscripcion cuyo importe no s haya recibido en esta Administracion en letra ó sellos de franqueo.



GIL BLAS,

PERIÓDICO POLÍTICO SATÍRICO.

PROTESTAS NEO-CATÓLICAS.

Sr. director de La Regeneracion.

MURCIA 24 DE JUNIO.

¡Estamos frescos! Dicen que se va á reconocer el reino de Italia. ¡Anda, salero!

Yo he aprontado cuatro reales vellon para la letanía lauretana, me he criado en una sacristía con las escurrejas de las vinageras, y tengo por lo tanto el derecho de hablar muy gordo.

Protesto con toda la fuerza de mi sotana contra una medida tan salvaje.

La noticia me tiene tan aturdido, que ayer al bautizar á un chico le puse la sal en los ojos en vez de ponérsela en la boca. Figúrese Vd. como chillaria el angelito.

Cuando me tropiezo en la calle con algun liberal, esclamo por lo bajo:

—¡Maldita sea tu estampa! Así te diera una pulmonía que te llevara á los infiernos. Amen.

Mi afliccion es tan profunda, que acabo de guardarme en un rapto de desesperacion toda la cera de la sacristía.

¡Vamos, no sé lo que me hago!

Padre Sanchez, Vd. que es un buen sacerdote, siga diciendo en su periódico esas cosas de la cartilla y de Donna mobile que son la alfalfa de los neo-católicos.

Soy de Vd. con la mayor humildad su hermano en sotana.

José Lipende.

Sr. director de La Regeneracion.

VALENCIA 25 DE JUNIO.

Yo no quiero reconocer á Italia, y mientras el gobierno me dé un sueldo con que pueda poner el puchero, gritaré siempre: ¡abajo el gobierno!

Acabo de decir en el púlpito que todo liberal es herege, y que O'Donnell no ha oido nunca misa.

A una vieja que me escuchaba le dió una pataleta de dos mil demonios.

Que imiten todos mi ejemplo, y verá Vd. la tremolina que se mueve

Snyo hasta la pila.

Mateo Cirio Pascual.

Sr. director de La Regeneracion.

AVILA 25 DE JUNIO.

¿Qué es esto? ¿Con que despues de haber quemado tanto libro y de negar la sepultura á los liberales, salimos ahora con el reconocimiento de Italia?

Amigo padre Sanchez, nos van á dar una bofetada de cuello vuelto, que me rio yo.

Un ejemplar de La Llave de oro que llevo debajo de la sotana, está sudando la gota gorda.

Yo protesto contra los planes del gobierno, y voy á recoger firmas para remitírselas á Vd. á vuelta de correo.

Para enganar á los tontos, diré que esto es cosa del papa y de la religion.

Ya verá Vd. el cisco que se arma en este pueblo. Hasta la vista.

El padre Ciruelo.

Sr. director de La Regeneracion.

MADRID 28 DE JUNIO.

Quisiera hacer una protesta que ardiera en un candil.

Ayer hablé con la monja sobre el reconocimiento de Italia y me dijo:

—¡Qué!

En este qué fundó mi esperanza.

Entre ella y el señorito harán que caiga este ministerio, que se atreve á lo que hay de mas sagrado y respetable para un neo.

Yo supongo que Vd. hará porque el señorito entregue en buenas manos nuestras quejas.

Ayudemos al señorito, y si tambien nos da mico, entonces nos arremangaremos del todo la sotana.

Mientras la monja y el señorito estén á la mira, no perdamos del todo la esperanza, padre Sanchez.

En las situaciones estremas debe sacarse el Cristo, digo, las cartas.

Con este motivo me ofrezco de Vd. hasta cierto punto.

El padre Solapa.

Sr. director de La Regeneracion.

BURGOS 26 DE JUNIO.

Protesto contra lo de Italia.

Protesto contra O'Donnell.

Protesto contra la cátedra de Castelar.

Protesto contra Obregon.

Protesto contra la Donna mobile, como Vd. dice en La Regeneracion.

Protesto contra todo bicho viviente.

Voy á coger el tabuco y el rosario.

Denquia luego.

Un ex-claustrado.

Sr. director de La Regeneracion.

LOJA 26 DE JUNIO.

Cuando yo le disia á osté que en cayendo D. Ramon no habia na e lo dicho, zabia lo que me pescaba.

Miste, pae Sanchez, ayer cuando leia La Regeneracion en arta vos, fué tanta la grasia que le jiso á un monago, que se jechó er bonete á la oreja, y se puso á bailá la soleá.

¡Y cómo se meneaba er muy hijo de su mare!

Y á la fin cogió er guitarro, y con voz mas durse que la de un perro é ganao, entonó la siguiente copliya:

En un coche de arquilé ha pasao por aquí; yevaba una carta fuera, por eso la conosí.

Ziga osté con las protestas, y yo mo fresco á remitirle una resma e papez firmao por toos los neos de tres leguas á la reonda.

Toos me preguntan:

—¿Pa qué quié ozté que firme yo ezo, pae mio?

—Anda, hijo e tu mare, firma eze papez, y aluego verás cómo te doy primisio pa seguf en tus jazañas. Y toos firman como en barbecho.

Zoy de osté, etc.

El pae Manzaniya.

Sr. director de La Regeneracion.

SANTIAJO 28 DE JUNIO.

¡Meu Deus! ¡meu Deus!

Estus tiempus son muy malus.

Eu non queiro reconocer el reino de Italia, y no le reconoceré, como tampoco mis feligreses.

Antes pártame un rayo.

Cuando llegó á mis oidos la noticia, acababa de comerme seis docenas de ostras que me habian traído del puente de San Payo, y por pocu revientu.

Una Magdalena que tengo en mi cuarto se ha pues-tu colorada.

Tambien parecióme que un San Joanito de cera que tengo sobre la mesa, habia dado un brinquiño há-cia atrás.

Es que la noticia tiene tres bemules.

¡Reconocer á Italia!

¡Meu Deus! ¡meu Deus! ¡Sálvemos la monja!

Soy aimo. siervo

Inocencio Castañeira

Por copia:

Luis Rivera

LAS RAZONES.

«Atendiendo á las razones...» Hé aquí unas palabras que me desesperan:

¿Es posible que haya habido, no ya razones, sino una razon siquiera para que el ministerio Narváez dimitiese en pieza?

Posible y aun cierto es, supuesto que en efecto ha dimitido.

Y aquí de mi frenética curiosidad:

Un ministerio en España tiene la confianza de la corona, del país, de los dos Conchas, de la camarilla y de Obregon.

Hago rayar en frentes el entusiasmo público cuando con un rasgo magnánimo pasan á la pátria gran parte de los bienes de la corona con un descuento de 25 por 100.

Resuelve una crisis monetaria, creando para ello un ser humano ya zangarullon como Sabater el capitalista.

Con la simple pérdida de un caballo viejo, vence á la funesta hidra; deja dos cadáveres de revoltosos en la plaza pública, y hiere á otros díscolos tan perfectamente, que unos en su casa, otros en el hospital, van pereciendo por su orden.

Adquiere hiperbólicas simpatías en *El Pensamiento Español* y otros dos periódicos.

Publica la nueva de la afectuosa conferencia que acaba de celebrar con S. M. el presidente...

Y á las veinticuatro horas encuentra razones suficientes para que se le admita la dimision.

Siempre ha tenido admiradores el general Narvaez; pero yo no le suponía el talento necesario para improvisar en breve plazo una sola razon, una sola bastante eficaz para que le fuesen admitidas su dimision y las de sus compañeros.

Yo mismo me escandalizo, en el seno del hogar, cuando considero lo que habrá discurrido aquel grande hombre para encontrar esas desconocidas razones.

Y digo para mí: pues si el general Narvaez, en un periquete, descubre razones atendibles para empeño tan difícil, ¿qué no habria hecho si, lejos de los negocios públicos, allá en su casita de Loja, hubiese pasado su larguísima existencia dedicándose á la meditacion y á plantar viñas?

Es indudable que de aquel cerebro habria brotado mucho y bueno. A pocas cosas se ha dedicado, y todo lo ha hecho en conciencia. En el ramo de fusilamientos, obtendría primera medalla de oro en todo certamen europeo; en reformar Constituciones, dejándolas como nuevas, no se conoce otro; en las pequeñeces, estudios de adorno, digámoslo así, como prender y deportar, que salga el mas aventajado y quedará corrido.

¿Quién sabe? Los acontecimientos políticos han interrumpido repetidas veces á ese grande hombre en sus estudios abstractos; mas por las muestras que ha dado de ingenio puede calcularse aproximadamente la prodigiosa altura á que hemos llegado.

Si la causa de la libertad no hubiese hecho repetidas veces indispensable su llamamiento al poder, la actividad mental de ese hombre profundo habria resuelto problemas importantísimos, cuya solucion reclaman á voces las necesidades del siglo en que vivimos.

¡Oh! sí. El que ha encontrado razones para que le fuese admitida la dimision, nos habria revelado ya la causa de que uno se halle mas á gusto en la cama cuando llueve; habria descubierto el recóndito motivo que nos hace notar más la tenacidad de las moscas el día que nos cortamos el pelo.

¡Oh, qué par de rayos de luz para la humanidad! Y á mí nadie me afea: el que ha sabido encontrar razones...

Yo daría lo poco que poseo por saber qué razones son esas.

Ignoro en qué consisten esencialmente las razones de pie de banco, y á pesar de hallarme á cada paso con ellas, jamás he tenido curiosidad de estudiarlas.

Topo con la razon de la sin razon en muchos escritos, y paso de largo sin fijarme en ella.

Pero las razones halladas por el general Narvaez, me quitan el sueño y el apetito; me las figuro gruesas, altas, robustotas, coloradas, sanas, rebosando convencimiento, dotadas de eficacia derribadora. Además, yo no las concibo simplemente útiles para el asunto en que él las ha empleado, sino para una porcion de usos de la vida doméstica y civil: me parece imposible que no sirvan para quitar callos y durezas, para facilitar la denticion, para quitar manchas de los tejidos de seda, por delicados que sean...

¿Será posible que la historia ignore en los siglos venideros qué razones han sido las del general Narvaez?

No. Me consuela la dulce esperanza de que andando el tiempo, nuestros hijos, al examinar los importantes acontecimientos de la época actual, hallarán espuestas por una mano imparcial y verídica las poderosas razones, las maravillosas razones, las ocultas y formidables razones que ha encontrado el general Narvaez para justificar su dimision, contando con la

confianza de la Corona, la de las Cortes, la de ambos Conchas, la del país, y la de la camarilla.

¡Dichosa posteridad... y de cuántas cosas gozarás que nosotros anhelamos en balde!

Roberto Robert.

LA SITUACION.

Fragmento de un poema ético.

Coro de vicarvaristas.

Voguemos, voguemos,
la gente empujad;
que ocupe las plazas
de Guerra y Marina,
Consejo de Estado,
Fomento, Ultramar.

Voguemos, crucemos,
del mando el confin,
y en tanto que la catástrofe
vaya tocando á su fin,
nuestro triunfo celebremos
en opíparo festin.

El poeta.

«¿Qué rumor
lejos suena,
que el silencio
en la serena
negra noche interrumpió?»

¿Es de los neos la feroz plegaria
que imita de los bárbaros la voz,
ó el atiplado acento de aquel ente
que echó una vez de casa Don Ramon?

¿O el llanto estéril del que ve perdida
la ilusión que en sus sueños concibió,
ó eso que amarga y que Gil Blas desea,
y que encima está ya, gracias á Dios?»

Nube densa
cubre el cielo,
dó la prensa
tiende el vuelo,
y visiones
infernales,
van llenando
las regiones
oficiales.

Y aquí tiran
y allí aflojan,
las admiran,
las arrojan,
van y vuelven,
cruzan, pasan,
se resuelven,
se proponan;
ora adulan,
ora hieren,
disimulan
lo que quieren;
y entre sombras
y reflejos,
las alfombras,
los espejos,
todo grita
sin cesar:

¿quién es el guapo que evita
lo que tiene que pasar?

Siglos y siglos en veloz carrera
cruzan ante los ojos en tropel;
llevan los unos máscara guerrera,
lucen los otros hábito y cordel.

De rayos y de crímenes armada,
huye la guerra, hermana del dolor,
y la fé no cumplida, aunque jurada,
al pasar la contempla con amor.

Un coro.

Allá vá la monja,
¿quién sabe do vá?
Al mismo Leopoldo
no se lo dirán.

Una voz.

Ya de su influencia
libre te verás,
ya tus planes todos
puedes realizar.
Ya al pueblo sonrien
la dicha y la paz;
ya sin tu permiso
no iré á San Pascual.

Un coro.

¡Mentira! tu eres
la sola verdad;
tú sola halagüeña
placeros nos das.
Eso mismo digo
muchos años há,
y Dios me conserve
las ganas de hablar.

El poeta.

Tantas veces el cántaro á la fuente
mi amigo Juan llevó,
que un día al acercarlo á la corriente
el cántaro rompió.

Desde entonces, lector, yo que me aflijo
por todo ageno mal,
pienso que el que se prenda de un botijo...
es un irracional.

M. del Palacio.

EL SUSPIRO DEL MORO.

Las once y media serian cuando un bulto negro que parecia un hombre, salió de una casa de la calle de Lope de Vega, y se dirigió hácia el Prado. Allí le esperaba un escudero con el caballo cogido por las riendas.

—¡Jalá-mah-ja-la-jum-jum! dijo el que llegaba.

—¡Aljandi-li-laija! respondió el que estaba esperando.

Y sacó del bolsillo una cajetilla de diez cuartos.

Dejemos por un momento á nuestros ardientes árabes disponiéndose á partir de Madrid la bella, y vámonos á la plazuela de la Villa.

II.

Allí sucede una escena muy parecida.

Un moro con patillas y calañés monta sobre una yegua que no hay por donde cojerla.

Y luego dice:

—¡Arza!

O lo que es lo mismo:

—¡Súra-ja-ta-la-súr!

Y la yegua echa á andar como D. Severo Catalina. La boca abierta y las piernas anchas.

III.

Dos seres que llevan el mismo camino, se encuentran, mas tarde ó mas temprano.

Carabanchel y Loja están en línea recta, segun un escritor moderado, que ha ganado cincuenta mil reales, solo por no tener talento.

Velay osté por qué los dos viajeros se encontraron. Se miran, tiemblan; al uno se le erizan los cabellos; al otro no.

Y dicen de esta manera: (Traducción del árabe.)

IV.

El uno.—¡Aláh es grande!

El otro.—Me escamo.

El uno.—¡Cuando te lo digo yo!

El otro.—Pero yo me voy de Madrid.

El uno.—Lo mismo me sucede á mi, y no me apuro.

El otro.—¡Valiente jalamín nos han dado! (1)

(1) Jalamín, en árabe, «camelo.»



D.ⁿ Ramon.— ¡Juego! Allá va la pelota.
 D.ⁿ Leopoldo.— Ha sido falta.
 D.ⁿ Ramon.— He perdido... ¡me jundo!
 D.ⁿ Leopoldo.— Para mañana la revancha.

El uno.— ¡Tengo yo la culpa?
 El otro.— No, prenda mia; pero yo pago la pena.
 El uno.— ¡Ah! El gran cristiano...
 El otro.— ¡Pegármela á mí un hombre con me-
 nillas!
 El uno.— ¡Huyamos!
 El otro.— Salú.
 El uno.— ¡Aláh te guie!
 El otro.— ¡Y á tí su mamá política!

V.

El árabe del caballo se quedó solo, mientras el de la yegua desaparecía como alma que lleva un neo. La luna se paseaba con las manos en los bolsillos. La osa mayor leía *Los Tiempos*, y el aire silbaba sin acordarse de las prohibiciones del gobierno mo-
 derado.

El árabe llegó al cerrillo de San Blas, sacó un bi-
 lete del banco y se enjugó con él los ojos.
 Miró á Madrid y se mordió la oreja izquierda. Des-
 pues, á falta de un laud, comenzó á rascarse la panza.
 Y dijo sollozando:

—VI.

¡Adios!
 ¡¡Adios!!
 ¡¡¡Adios!!!
 Y se cayó de espaldas.

¡Ay pueblo mio!—dijo luego— ¡y qué triste te que-
 das! ¡En tu seno me comí los puños y otras cosas por
 lograr tu ventura! Dentro de tus muros, si es que los
 tienes, amé con pasión inmensa á la virgen por quien
 suspiro, la hermosa *Súradur* (1), la de las crenchas
 rojas. En tu recinto renegué por complacer en sus

(1) La joven democracia.

ardientes deseos á *jámala* (1) que fieramente me ator-
 mentaba. Cabe tu hermoso río hice pacto de amistad
 con Sidi-Narvaez, el *rajahgramú* (2) que á poco me
 salta una muela.

¡Hoy el destino me aleja de tí humillado, vilipen-
 diado, silbado y coronado de palillos de dientes!

¡Qué será de Ibrahim sin la poltrona!
 ¡Ay! Mas me valiera haber sido tragado por un ce-
 sante.

¡Ay! Valiérame más haber sido víctima de *Polih-
 tarh* (3) á las puertas del Congreso!

¡Pero yo volveré, no te alegres, yo volveré, y no
 tardaré mucho!

Dia llegará—y no está muy lejano—en que la san-
 gre de los cristianos correrá por tus calles, y yo acu-
 diré á darme un baño templado.

(1) El estómago.
 (2) Devorador de granujas.
 (3) El hombre de las barbas.

¡Entretanto, maldito seas y diviértete mucho!

VII.

Tal dijo, y volvió á montar en el jamelgo, que espresaba tambien su dolor, como un periódico neo.

VIII.

Súbito se escuchó el galopar de un caballo. Un ginete se acercó al moro, rápido y disparatado como un discurso de Mendez Alvaro.

—¡Señor! ¡señor! ¡señor! gritó con acento desesperado.

El moro reconoció á su escudero.

—¿Qué sucede, hijo mio? preguntó.

—¡Están ahí!

—¿Quiénes?

—¡Ellos!

—¿Y quiénes son ellos?

—Una porción de hombres mal encarados que te buscan el bulto.

—¿Qué dicen?

—Vienen á pedirte estrecha cuenta...

—¿Cuenta? Diles que ¡vuelvo!

Y clavó la espuela en los hijares del penco, y desapareció gritando:

—¡Vuelvo! ¡vuelvo! ¡vuelvo!

Eusebio Blasco.

CABOS SUELTOS.

Un episodio de la sesion del día 26.

El señor Cardenal.—¿Piensa el gobierno rechazar la tremenda acusacion que sobre él ha lanzado Las Novedades?

El duque de Tetuan.—Todo el mundo sabe quien soy yo.

El señor Cardenal.—¿Pero piensa el gobierno rechazar esa acusacion tremenda de Las Novedades?

El duque de Tetuan.—¡A mí me conoce todo el mundo!

El señor Cardenal.—¿Pero tiene intenciones el gobierno...

El duque de Tetuan.—Yo soy un hombre de antecedentes conocidos.

(Meneo general.)

El señor Cardenal.—Ya sé yo que todo el mundo conoce á S. E., y me doy por satisfecho.

El Sr. D. Manuel de la Concha ha tenido una larga conferencia con el Sr. Alonso Martinez. Esta estu-penda noticia se ha paseado estos dias por todos los periódicos de Madrid.

El público ha dicho ¿á mí, qué?

Los ministeriales: ¡bah! ¡bah!

Los militares: ¡uf! ¡Horror!

Los moderados: ¡je! ¡je! ¡je!

Y despues de todo, el general Concha es un sugeto muy apreciable, mucho.

Paquita está un poquito escamada. Qué le compren dulces.

Señor D. Cláudio Moyano, aunque Vd. no lo crea, puedo asegurarle que ha llegado á hacerme gracia. Lo digo porque con tanto oírle á Vd. hablar de harina, he dicho para mi capote:

—Este hombre siempre está con las manos en la masa.

El dia 1.º de julio sale para Loja un calañés y debajo D. Ramon.

¡Ah valiente!

Cuéntase que á consecuencia de las últimas cesantías, Cardenal está hecho una llaga, y Botella está fermentando.

Hay en Madrid un presbítero periodista, que se permite ciertas libertades para con el gobierno y el trono.

Se asegura que este señor muere. Aviso á los ciudadanos pacíficos.

Y este verano, ¿por qué no hay bandos contra la hidrofobia?

Parece que se ha aplazado la publicacion del periódico La Nueva Dinastía.

Sin embargo, hay quien cree que si no se lleva á cabo el reconocimiento de Italia, ni la desamortizacion de los bienes eclesiásticos, ni el viaje de Sor Patrocinio, verá la luz pública en el próximo mes de julio.

Mire Vd., yo me alegraría mucho.

Ya saben Vds. que ha fracasado el acuerdo entre Víctor Manuel y el rey de Roma.

Tambien me alegro.

¡Si no puede ser, hombre, si no puede ser!

General, esto va mal; la monja sigue en su asilo, como Claret y Cirilo... ¿Y qué hace Vd., general? ¡Osté no es ná, na, general, osté no es chicha ni liberal!

Dice El Pensamiento Español, refiriéndose al reconocimiento de Italia, que en esto no obedecerá á la reina.

Daca los cinco, compadre.

Yo no obedeceré, tú no obedecerás, aquel no obedecerá.

Nosotros no obedeceremos, vosotros no obedecereis, aquellos caerán.

Se anuncia la traduccion de una novela titulada La senda de los ciruelos.

Al saberlo D. Ramon, exclamó:

—Por eza zenda me voy yo á Loja.

Tambien los moderados de la mayoría Narvaez piensan retraerse.

Lo mismo dicen los absolutistas.

Yo me retraigo, tú te retraes...

Por esto, sin duda, decia un periódico neo:

—Entre todos la mataron

Y ella sola se murió.

CANTARES.

A la reja del convento no me vengas á silbar; ya que no me quites llagas no me las vengas á dar.

Si fueras gitana pura y te girviera la sangre, hoy plantáras á los neos de un pescozon en la calle.

A Italia debes querer, mas la madre no te deja... ¡el demonio de la vieja en todo se ha de meter!

Dicen que ya no me quieres, y esto me da mucha pena; mas no lo siento por mí, que lo siento por Fonseca.

El retrato de Narvaez lo tengo yo en una urna, con el espanto á los chicos cuando meten mucha bulla.

¿Cómo quieres que me vaya á la zarzuela contigo, si estoy casada y no puedo renegar de mi marido?

Ni el Padre Santo de Roma hiciera lo que yo he hecho: —reirme de don Ramon sin que me cueste el dinero.

Ayer en la plaza pública ofrecí un Napoleon. —¿A quién, amigo GIL BLAS? —A La Regeneracion.

Hay en Venecia dos angelitos que son la delicia de La Esperanza:

Carlitos de Borbon.

Y Alfonso idem.

¡Si supieran Vds. qué adelantados están!

El mas talludito sabe ya decir inquisicion muy claro.

Y el otro, caca.

¿Son guapos? ¡Caramba! Que no los vea Paquita.

Me dejas otra vez con mis dolores, ingrata amada mia, y te vas donde templa sus rigores la luz del Mediodía.

Pensar en tí fué siempre mi destino, y aunque te vayas te tendré presente: mas si acaso te caes en el camino, no temas, por tu vida; que la mujer de corazon ardiente es mas hermosa cuando está caída.

Parece que está acordada [la disolucion de las columnas volantes.

Ya deciamos nosotros que estas columnas acabarian como las columnas de humo.

Testamento de Rivero, cabo segundo á primero.

Testamento de Arrazola, las cabezas á la cola.

Testamento de don Luis: ¡qué Tiempos y ¡qué país!

Testamento de Ramon: averigüelo Obregon.

Decir un amigo nuestro anteanoche al ver salir la procesion en el tercer acto de El Profeta:

—Todo me gusta, excepto esos reyes armados que acompañan á la comitiva. Ni siquiera les han enseñado lo primero que hoy debe enseñarse á los reyes: saber marchar.

GALERIA DE CONTEMPORANEOS.

Número 17.

Le vió nacer un pobre lugarejo que Aragon en sus límites encaja, é indigna hallando de él la gente baja por el mundo voló como un vencejo.

Vióse una vez, por suerte, en un espejo, y al arte se lanzó, con gran ventaja, aumentando muy pronto la baraja de los que nunca admiten un consejo.

Mediano como actor, pero buen hijo, inspiró con su faz algun antojo y en su pueblo compró mas de un cortijo.

Hoy le mira la córte de reojo, y donde otros ayer comieron mijo dicen que se alimenta de gorgojo.

Por todo lo no firmado,

EUSEBIO BLASCO.

EDITOR RESPONSABLE, J. ANTONIO GARCIA.

Imprenta del mismo, Almirante, 7, bajo.

MADRID.—1865.